

BERNARD TORELLÓ

LA SOMBRA DE DREINLAR



minotauro

LA SOMBRA
DE DREINLAR

BERNARD TORELLÓ

minotauro

LOS DEFENSORES DE ALTAIN



Galwyn Galradab miró a su alrededor. La llanura estaba desnuda, desierta y envuelta en niebla; lo único que veía era la bruma y lo único que oía era la respiración de los treinta hombres que se alineaban tras él, erguidos como árboles, valientes pero tensos, listos para afrontar la tormenta a tenor de sus consecuencias.

Los nervios previos a la batalla empezaban a brotar en su interior. Notaba una agitación en el estómago, como si un nido de gusanos le devorara las entrañas al mismo tiempo que le cortaba el aire de los pulmones. El viento invernal de Altain era siempre gélido, pero en aquel momento ni siquiera lo percibía: solo notaba el sudor bajo la ropa y la armadura, el sudor frío que le sobrevení­a siempre antes de un enfrentamiento.

En la mano izquierda sujetaba un escudo redondo de madera, reforzado con hierro y pintado de verde; en la derecha sostenía el asta de una larga lanza de fresno, apoyada con firmeza en el suelo. El cabello le protegía las orejas, pero las mejillas y la nariz, por completo al descubierto, habían ido enrojeciendo mientras esperaba. Su atavío era el mismo que el de sus compañeros: llevaban capas verdes manchadas de barro, cotas de malla, gambesones

bajo ellas para que absorbieran los golpes y capacetes semiesféricos dotados de alas oblicuas. Todos con escudos, lanzas y espadas; todos inquietos, intranquilos e inseguros.

—¿Funcionará, maestro?

—¿Saldremos de esta?

Galwyn se giró hacia la derecha. Había allí un único hombre, situado fuera de la formación; estaba desarmado, vestía una gruesa túnica negra y una capa verde con capucha calada hasta las cejas. Estaba asustado, más asustado que cualquiera de sus compañeros, pero todos los hombres confiaban en él y esperaban que mostrara la seguridad que ninguno de ellos sentía.

—Venceremos —afirmó el maestro Lewath con voz trémula—. Ar está con nosotros.

El titubeo en su tono hizo que los guerreros se turbaran todavía más. Empezaron a murmurar, agitados debido al temor.

Galwyn aferró con fuerza el asta y se giró hacia ellos.

—¡Tranquilos! —exclamó con autoridad—. Nosotros somos los defensores de Altain. Somos los guerreros del rey Oleriod, heredero de Brewid —señaló hacia delante con la lanza—. ¡Este campo será nuestro!

—Eso es...

—Pues claro que sí...

—¡Ar está con nosotros! —prosiguió Galwyn—. ¡Tenemos al maestro Lewath para que nos guíe y nos proteja! ¡Ar está con nosotros! ¡Así que estad tranquilos, porque este es nuestro día!

—Sí... sí, sí. ¡Sí!

—¡Por Ar!

—¡Por el rey Oleriod!

—¡Por Altain!

—El *edda* Arzodias nunca ha perdido una batalla —les recordó Awan.

—¡Es verdad!

—¡Confiemos en el comandante de Saeffyd!

—¡Viva el *edda* Arzodias!

De súbito, un sonido profundo y gutural se alzó en el valle. Los treinta guerreros enmudecieron al mismo tiempo.

Era la llamada de un cuerno enemigo.

Había luz, pero los ojos no alcanzaban a ver el sol; el cielo tenía un color plomizo, cubierto como estaba por aquella niebla densa y opaca que inundaba el valle. Se extendía por las colinas, caía sobre el campo como un pesado manto y acariciaba los árboles con sus dedos blancos con la misma suavidad que una caricia.

Pero aún con la escasa visibilidad, pronto distinguieron unas figuras oscuras aparecer frente a ellos, al otro lado de la llanura. No llevaban seña o insignia alguna, sino que vestían con ropas pardas, adecuadas para ocultarse en los bosques; sus protecciones eran de cuero, no de acero, pero todos empuñaban espadas o hachas.

—Los tardith han llegado.

—Que Ar los maldiga a todos —dijo alguien desde la segunda fila. Sus palabras fueron recibidas con varios murmullos de aprobación por parte de los demás soldados, que escupieron al suelo en señal de desprecio.

—Mantened la posición —ordenó Galwyn, y acto seguido salió de la formación y echó a andar hacia los recién llegados.

Los tardith se habían detenido a quizá cien pasos. Gritaban y reían, señalando al reducido número de guerreros que habían venido a plantarles cara, burlándose de ellos con lo que parecían insultos expresados en su lengua. Uno tenía los brazos alzados y entonaba a voz en grito una plegaria a Ar.

Galwyn se detuvo a mitad de camino entre ambos contingentes de guerra. Cogió la lanza a la inversa y la hundió con fuerza en el suelo de hierba húmeda y verde.

—¡*Godiac!* —exclamó—. ¡Reclamo el *godiac!*

Sus enemigos rompieron a reír. Uno de ellos salió de entre sus filas para plantarle cara. Era alto y fornido, empuñaba un hacha y un escudo, con una espada envainada en la espalda; su cabeza

estaba guarecida por un yelmo de hierro que tenía la monstruosa forma de un tigre, bajo cuyas fauces abiertas se apreciaba una fiera barba castaña.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó Galwyn.

—Lo hablo —afirmó el tardith—. Relo es mi nombre.

—Galwyn es el mío. ¿Aceptas enfrentarme en el *godiac*, el duelo sagrado?

—No hay *godiac* —escupió Relo.

—En tal caso, repliega a tus hombres y regresa a tu reino.

—Tienes valentía —sonrió el tardith, burlón—. Pero valentía es inútil. Morirás.

—Estoy aquí para ofreceros la vida —dijo Galwyn, haciendo caso omiso a la amenaza—. Si nos hacéis frente, lo único que encontraréis será la muerte.

—Muerte es lo que tendrás. —El acento del caudillo enemigo era tan tosco que causaba escalofríos—. Si rindes, morirás. Si luchas, morirás. Hoy morirás.

—Si rechazas el *godiac* y piensas matarme tanto si me rindo como si no, ¿por qué has acudido a dialogar conmigo?

—Recordaré cara. Reconoceré luego. Hoy morirás.

—Lo dudo.

Galwyn desclavó la lanza y retrocedió algunos pasos. Relo lo imitó. Ninguno dio la espalda a su enemigo hasta que estuvieron a una distancia prudencial; entonces ambos se giraron y regresaron con sus guerreros.

—¿Ha rechazado el *godiac*? —quiso saber Effid.

—Así es.

—¡El capitán le ha acobardado! —gritó Effid.

Los demás estallaron en carcajadas, en un intento, quizá inconsciente, de expulsar mediante la risa el temor que les oprimía el pecho. Galwyn se colocó de cara a la compañía.

—¡Nosotros somos los defensores de Altain! —exclamó, mirando a los ojos de cada uno de sus hombres—. ¡Este es nuestro

deber, esta nuestra voluntad! ¡Ellos son nuestros enemigos, hombres vanidosos que han profanado nuestra tierra para hacernos sufrir! ¡De modo que hoy se lo haremos pagar! ¡Ar está con todos y cada uno de nosotros! ¡Él nos ayudará! Y si su voluntad es que caigamos derrotados en este día... —se colocó en su posición, al lado de Awan—. ¡Pues entonces nos reuniremos todos en el Amis! —Sus guerreros rompieron a reír de nuevo—. ¡Por Ar y por el rey Oleriod!

—¡Por Ar y por el rey Oleriod! —exclamaron al unísono los treinta soldados.

Sin esperar un instante, Galwyn golpeó su escudo con el asta de la lanza. Los demás le imitaron. Cuando todos se hubieron unido al ritmo de la percusión constante, empezaron a cantar, primero con una voz, luego con treinta; cantaron una de las canciones de guerra de Brewid, tan vieja como Altain, que sus ancestros habían recitado en una ocasión semejante cuando se disponían a enfrenarse a los ejércitos de Arodnus en la Primera Guerra de Dreinlar. El propósito de entonar tal cántico no era tanto el de asustar a sus enemigos como el de animarse a sí mismos, pues mientras cantaban les empezó a absorber una vehemencia irracional: sabían que iban a luchar, que quizá incluso iban a morir, pero también sabían que estaban juntos, unidos contra un adversario común, unos tardith que habían cruzado las sagradas fronteras de su reino para saquear, quemar y asesinar; sabían que, si caían, al menos no caerían solos.

Sus enemigos se acercaban. Algunos de ellos se habían adelantado y lanzaban maleficios sobre los defensores mientras hacían extraños gestos con las manos, escupían y gritaban. Por fortuna, la canción de Altain había enardecido el espíritu del maestro Lewath, que consiguió encontrar su valor y neutralizó las maldiciones enemigas con sus sortilegios, al tiempo que convocaba a Ar para que velara por ellos.

Pronto, tanto él como los monjes tardith cesaron las llamadas de actos divinos y se refugiaron tras las falanges de sus guerreros,

pues la batalla estaba a punto de empezar. Los enemigos eran muchos, demasiado numerosos, casi duplicaban a los defensores: cincuenta por lo menos caminaban hacia ellos con lentitud, sin entonar canto alguno, pero sí en formación compacta, con los escudos pegados y las espadas dispuestas. El que había hablado con Galwyn, el del yelmo del tigre, avanzaba a la cabeza y era quien más fuerte gritaba.

Los treinta defensores mantuvieron su posición. Los de la primera fila tenían las rodillas flexionadas y los escudos por delante, mientras que los de la segunda se alzaban por detrás y les cubrían las cabezas y los hombros; en los pequeños huecos que se formaban entre las hileras de escudos redondos sobresalían las puntas de las lanzas, que los guerreros de Altain sostenían con pulso de acero para clavarlas sin vacilar contra sus adversarios.

Los tardith estaban ya muy cerca cuando decidieron detenerse. Eran más numerosos, pero llevaban menos piezas de armadura y a cualquier hombre le hacía falta reunir mucho valor para enfrentarse a una formación de guerra bien dispuesta: seguramente eran conscientes de que, antes de doblar a los defensores, muchos caerían. Las filas de su falange se extendieron con la intención de rodear por los flancos a los guerreros de Altain, pero Galwyn, sabiendo que aquello sería su perdición, decidió atacar antes de que los tardith completaran su estrategia.

—¡Avanzad! —ordenó a pleno pulmón.

Al ritmo de *Altain, Altain*, sus hombres avanzaron con exquisita destreza, paso a paso, sin romper en ningún momento la formación de batalla. Algunos de sus enemigos, a pesar de la superioridad numérica y de los insultos antes proferidos, se vinieron abajo al ver a los defensores cargar con tanto aplomo, de modo que dieron la espalda a la batalla y se refugiaron en la retaguardia de los tardith. El cabecilla del yelmo del tigre escupía palabras en su idioma, rugiendo tan alto como si de una verdadera fiera se tratara.

Al fin, los dos muros de escudos chocaron entre sí. La lanza de Awan fue la primera en encontrar un blanco certero: la hundió hacia delante con un movimiento seco y la mandíbula de un adversario se rompió contra su punta. El escudo de Galwyn se trabó con el del enemigo que quedó frente a él; el tardith le propinó un golpe por encima de los hombros, que fue desviado por el escudo que Effid sostenía desde su espalda. El maestro Lewath gritaba palabras ininteligibles desde la retaguardia. Galwyn intentó en vano incrustar su lanza, cuando de súbito notó un pinchazo en la pierna, por encima del tobillo derecho. Preso de la furia, gritó y empujó; su lanza se hundió en una presa invisible. Fue incapaz de desclavarla. Desenfundó la espada corta de combate y la movió hacia delante, en el hueco que había entre su escudo y el de Awan; notó que presionaba contra algo, así que tiró de ella, oyó que su adversario gritaba de dolor, volvió a clavar la espada y el tardith se derrumbó hacia atrás. Los dos escudos se destrabaron.

Durante un instante de lucidez, Galwyn pudo comprobar que los tardith estaban por entero envueltos en la furia de la batalla. Si no quería que todos sus hombres fallecieran inútilmente, era el momento de actuar.

—¡Ahora! —ordenó, aunque su exhortación quedó cortada por la llegada del siguiente enemigo.

Alguien sopló un cuerno desde la retaguardia, pero Galwyn ya no era consciente de ello: tenía los cinco sentidos puestos en la espada, el escudo y la amenaza que se cernía sobre él. Empujó y fue empujado. Gritó, intentando sacar más fuerza de su interior. El tardith que había frente a él se inclinó, llegando a situar su rostro muy cerca del suyo; escupía saliva y maldiciones en su lengua mientras forcejeaba con su escudo. Effid actuó: se aprovechó de la temeridad de su enemigo para herirle el rostro con la lanza. Estuvo a poco de matarle; su adversario se apartó a tiempo, pero se había movido tan rápido que resbaló con las ropas de su

otrora compañero, el cadáver del primer tardith, lo que permitió a Galwyn destrozarle el cráneo.

—¡Morirás! —gritó un enemigo con acento tosco. Cuando irguió la cabeza, Galwyn vio a Relo, el cabecilla con el que había hablado, situado frente a Awan, intentando abrirse paso hacia él.

Relo empujó a Awan, saltó los dos cadáveres y aterrizó delante de Galwyn. Sus escudos se encontraron. El tardith era fuerte como una bestia salvaje; con el brazo izquierdo mantenía el escudo alzado y le daba empujones, tratando de desequilibrarle, al tiempo que enarbolaba con la derecha su hacha de guerra para intentar hundírsela en la cabeza. Effid gritaba detrás de Galwyn, pero no por dolor, pues no había sido herido, sino por la presión que debía mantener; de pronto, su brazo cayó, con el hacha de Relo incrustada en el escudo. Effid fue a levantarlo de nuevo, pero se descubrió incapaz; pesaba demasiado. Intentó desclavar el hacha, dejando el cráneo de Galwyn desprotegido; el tardith se aprovechó, desenvainó su espada y la descargó contra el capitán de los guerreros de Altain.

Galwyn interpuso su hoja a tiempo y absorbió parte del impacto, aunque sin detener del todo el golpe: la espada rebotó contra el yelmo, que se hundió hacia dentro. Ciego durante un instante, Galwyn cargó hacia delante con el escudo, que se estampó contra las piernas del cabecilla enemigo; entonces atacó con la espada con tanto ímpetu que de un solo espadazo le atravesó la garganta. Relo cayó hacia un lado, sacudido por espasmos. Otro hombre atacó a Galwyn por arriba, pero Effid, con el escudo ya libre, detuvo la estocada. Su capitán formó de nuevo con su propio escudo por delante.

Se oyeron nuevos cuernos y los cascos de medio centenar de caballos, que repicaban como truenos en una tormenta divina. La voz del maestro Lewath seguía alzándose con nuevas maldiciones y la formación de Altain se mantuvo firme, pero los tardith empezaron a chillar como animales acorralados y lanzaron las armas

al suelo o huyeron hacia el refugio que ofrecían los árboles que rodeaban el campo. Algunos, no obstante, estaban tan centrados en el combate que no se dieron cuenta de que las tornas se habían vuelto en su contra, de modo que se quedaron donde estaban, luchando contra los guerreros de Galwyn, mientras la muerte se cernía a su alrededor.

Pero la falange de los defensores de Altain era impenetrable. Los enemigos que quedaban en pie se estrellaban contra ella como el agitado mar contra las rocosas costas de Bolkain. Quedaban tan pocos que los hombres de Galwyn podrían haberles rodeado y acabado con todos, justo cuando el capitán los detuvo con un grito.

—¡Alto! —ordenó Galwyn con voz poderosa. Salió de la formación para dirigirse a los tardith—. Observad vuestro alrededor. Habéis sido derrotados. ¡Deponed las armas y rendíos!

Puede que sus adversarios no entendieran sus palabras, pero sí que comprendieron sus señas. Miraron a ambos lados y se quedaron petrificados.

Su formación de batalla se había desmoronado. Varias decenas de jinetes surcaban el campo al galope cazando a los tardith que huían en desbandada. Pocos quedaban con vida, y aquellos que la conservaban era tan solo porque se habían rendido.

Los que habían seguido luchando intercambiaron algunas frases en su idioma y luego lanzaron las armas al suelo.

—Nosotros rendimos —dijo uno de ellos.

Galwyn asintió e hizo un gesto hacia sus hombres.

—Atadlos y llevadlos ante el comandante.

Awan se dispuso a obedecer. Effid contempló el campo vencido y prorrumpió en gritos de júbilo.

—¡Victoria!

—¡Victoria! —repetieron los hombres, exultantes. Las alabanzas y el entusiasmo se extendieron entre la formación, que se deshizo, mientras los guerreros reían y se abrazaban.

Galwyn limpió la espada y luego la envainó. Solo entonces se dio cuenta de que sentía una punzada cerca del pie. Se sentó en el suelo y examinó su pierna derecha: tenía un corte sobre el tobillo. Se quitó la bota y la polaina; limpió la herida con el agua que traía en el odre y luego se aplicó un fuerte vendaje. Volvió a colocarse la polaina, se ató la bota y se levantó.

Cojeando, caminó entre sus camaradas para preguntarles, uno a uno, cómo se encontraban; todos habían sufrido cortes, rasguños, golpes o contusiones, pero, por fortuna, ninguno había muerto ni había sido herido de gravedad. La escaramuza había durado poco y los refuerzos habían llegado a tiempo.

—Ar está con nosotros —afirmaron los hombres con sonrisas de alivio. El maestro Lewath reía de felicidad.

—Así es —asintió Galwyn. Cogió la cadena de Ar que le pendía del cuello, besó los eslabones redondos y volvió a ocultarla bajo el gambesón.

El plan se había desarrollado según lo previsto. La compañía de armas capitaneada por Galwyn había sido un anzuelo que los tardith habían mordido con afán; su propósito era solo el de entretener y contener la embestida inicial, pues cuando Galwyn había dado orden de soplar el cuerno, la caballería al mando del *edda* Arzodias había salido de la espesura del bosque, oculta tras los árboles y la niebla, para cargar contra la formación enemiga antes de que tuvieran tiempo de rodearlos. Si la caballería hubiera presentado batalla desde un principio, los tardith no se habrían atrevido a atacar, viendo a tantos hombres montados; pero ahora, cogidos por sorpresa, sus adversarios habían sido derrotados, habían huido, habían caído, los defensores no habían sufrido bajas y la refriega apenas se había prolongado unos instantes.

Galwyn levantó la cabeza para contemplar el campo a su alrededor. Había sido una matanza. Los cuerpos inertes de unos cuantos tardith rodeaban el lugar donde los defensores de Altain habían formado, pero apenas eran siete u ocho los que habían

muerto en la primera embestida. Más allá, el campo estaba cubierto por docenas de cadáveres ensangrentados, pues los tardith habían sido abatidos mientras corrían en desbandada. La caballería del comandante los había cazado sin piedad, y eran pocos los que ahora se arrodillaban, en medio del campo, como prisioneros que habían depuesto las armas.

El *edda* Arzodias estaba cerca de ellos. Había desmontado, se había quitado el yelmo y sostenía la espada con la mano diestra. Se inclinó ante un tardith que gemía y se arrastraba por la hierba, malherido, con un muñón en el brazo derecho, gritando palabras incomprensibles. El comandante le obligó a ponerse de rodillas.

—Que Ar vele por ti —sentenció, justo antes de hundirle la espada en la espalda; el cuerpo de su enemigo exhaló dos estertores y cayó sin vida al suelo. La sangre se extendió y se mezcló con la tierra, transformándola en un barro pegajoso y rojizo.

Galwyn llegó a su altura mientras Arzodias limpiaba la hoja.

—Comandante —saludó Galwyn.

—Capitán —dijo Arzodias levantándose—. El día es nuestro.

—La batalla se ha desarrollado tal y como predijisteis.

—Era de esperar. —El *edda* pasó el pulgar por la hoja de la espada, comprobando que no hubiera mella alguna—. Su inteligencia raya la de los insectos: han tomado por cierto que habíamos enviado a una sola compañía para acabar con ellos.

—Nos han subestimado.

—Estos tardith son un puñado de hombres prescindibles, Galwyn. El rey Arneler los ha enviado no para que nos causen grandes daños, sino tan solo para probarnos. No los escogió por su intelecto, sino por su brutalidad.

—Comprendo.

El comandante alzó la vista para mirarle a los ojos y asintió con orgullo.

—Has llevado a cabo tu cometido con eficacia, capitán. La valentía y la firmeza que han mostrado tus hombres al enfrentarse

a un contingente que los superaba ampliamente en número han sido admirables. Me encargaré de recompensarles a todos.

—Gracias, señor.

—¿Ha habido alguna baja? ¿Cómo se encuentran tus guerreros?

—Todos tienen heridas superficiales —respondió Galwyn que levantó ambas manos para quitarse el yelmo; tenía un golpe allí donde había impactado la espada del cabecilla enemigo—. Pero ninguno ha caído.

—Tus palabras me alegran. Por un momento, creí que llegaría demasiado tarde.

—No han conseguido rodearnos. No les hemos dado ocasión: hemos atacado antes. Para cuando sus filas han empezado a cerrarse en nuestra retaguardia, vuestros jinetes han cargado y sus guerreros han huido.

—Aun así, cuando regresemos al campamento asegúrate de que todos tus hombres tratan sus heridas con esmero. Si alguno está grave, montará sobre uno de los corceles.

—Se hará tal y como decís, señor.

—De acuerdo. Ahora ven conmigo. Debemos ocuparnos de los prisioneros.

Arzodias echó a andar hacia el lugar donde vigilaban a los tardith que se habían rendido. Awan estaba cerca; había traído a los que habían lanzado las armas frente a Galwyn. El *edda* les contó mientras se acercaba.

—Suman once en total —dijo dando una palmada a uno de sus caballeros—. Hemos hecho un buen trabajo.

Los once hombres capturados estaban arrodillados, con las manos atadas a la espalda y las cabezas inclinadas en gesto derrotado. Solo un par de ellos mantenían la vista alzada, mirando al comandante con ojos suplicantes. La niebla los rodeaba, así como una veintena de los hombres de Arzodias, que habían desmontado y aguardaban junto a los cautivos empuñando las brillantes espadas.

El *edda* llegó ante los prisioneros y se cruzó de brazos.

—¿Alguno de vosotros es capaz de hablar en nuestra lengua? —preguntó.

Uno de los tardith asintió lentamente.

—Puedo intentar —respondió con voz pausada.

—En tal caso, traduce mis palabras. —Arzodias paseó la mirada del primero al último de los cautivos—. Vosotros sois hombres del reino de Tarda y cruzasteis la frontera de Altain sin el permiso del rey Oleriod. Durante semanas habéis atacado a los viajeros y a las caravanas, habéis matado y saqueado a placer, sin más objetivo que el de poner a prueba nuestras defensas.

El comandante hizo una pausa para que el tardith pudiera hacer entender a sus compañeros lo que le había dicho. Las palabras que pronunciaba en su lengua nativa sonaban musicales y melodiosas, pero su voz era baja y pastosa; sin duda alguna, temía el desenlace de aquel encuentro.

—¿Sabéis? —prosiguió el *edda*—. Es curioso que vosotros, unos hombres que según declaró el rey Arneler no sois más que un puñado de criminales y proscritos sin importancia, atacarais tan a conciencia a los mercaderes de Altain y supierais formar con tanta coordinación una falange de batalla.

Arzodias hizo una pausa dramática y escupió a un lado, mientras el intérprete traducía sus palabras. A medida que las escuchaban, los prisioneros empezaron a ponerse más y más nerviosos, hasta el punto de que ninguno, ni siquiera el traductor, se atrevía a mirarle a la cara.

—Vuestro destino pende de un hilo —afirmó el comandante—. Así que si queréis tener alguna oportunidad de sobrevivir, debéis responder a una pregunta. ¿Sois en verdad criminales y proscritos que habéis huido de Tarda, o sois por el contrario hombres enviados en secreto por el rey Arneler con el propósito de haceros pasar por fugitivos, pero con la intención real de probar nuestras defensas? ¡Responded!

El intérprete tradujo sus palabras con lentitud; su voz era un susurro nervioso. Cuando terminó, todos los cautivos sudaban y se movían, intranquilos, sin dejar de mirar el suelo. En el tenso silencio que siguió, los hombres de Arzodias se acercaron a ellos, con las hojas desnudas resplandeciendo en las manos.

De pronto, uno de los cautivos alzó los ojos y empezó a hablar con suma rapidez en su lengua. El intérprete no tradujo ni una palabra. Los otros prisioneros intercambiaron algunas miradas. Los hombres del *edda*, haciendo caso omiso, se acercaron y apoyaron las espadas planas en los hombros de los cautivos. Arzodias levantó una mano, listo para dar la orden. Dos prisioneros más dijeron algo en su idioma, incluso con mayor rapidez que el anterior.

Al fin, el intérprete se dignó a hablar.

—Sí. —Tenía la voz seca y la frente cubierta de sudor—. El Rey Dios nos escoger. Tener que hacer caos y ruina en Altain. Pero no saber más, juro por Er.

—De acuerdo —asintió Arzodias, alto e imponente, con firmeza—. El rey Arneler os envió para probarnos, tal y como pensaba. Debido a ello, yo, Arzodias, comandante de Saeffyd, *edda* del rey Oleriod, os condeno a todos a muerte. Que Ar vele por vosotros —y bajó la mano mirando a sus hombres—. ¡Ejecutadlos a todos!

—¡No! —gritó el intérprete, olvidándose de transmitir a los demás las últimas palabras—. ¡Por favor! ¡Ser verdad!

—La verdad no os salvará.

Arzodias se giró, dándole la espalda.

—¡Comandante! —Galwyn dio dos zancadas y le tomó del antebrazo—. Son prisioneros, ¡se han rendido! ¡Han depuesto las armas! Deberíamos llevarlos a Saeffyd, señor. Para que sean juzgados. Tienen ese derecho...

—¿De nuevo te entrometes, Galwyn? —Arzodias le interrumpió, deshaciéndose de su mano—. ¡Estos hombres son saqueadores y asesinos!

—Pese a ello, merecen ser juzgados —replicó Galwyn con obstinación—. Además, les habéis prometido seguridad si respondían sinceramente a vuestra pregunta. ¿Y acaso no lo han hecho? ¿Faltaréis a vuestra palabra?

—¡Por favor! —gritaba el intérprete—. ¡Por favor! ¡Piedad!

Los hombres del *edda* aguardaban, mirando a Galwyn con asombro.

—Estos tardith han cruzado la frontera fingiendo ser fugitivos para que no pudiéramos relacionar sus ataques con el rey Arneler. —El comandante se giró hacia Galwyn—. Solo son carnaza, solo obedecían órdenes de su rey. Un rey que les ha enviado para probarnos, para probar nuestra fortaleza, nuestras defensas, nuestra disposición para la guerra. Y debemos responder con la misma moneda. Deben ser ejecutados.

—Pero...

—¡He dicho que no! —La voz de Arzodias se impuso con autoridad—. Deben morir, porque ese es el único mensaje que el rey Arneler entenderá. Dejarlos con vida solo se interpretará como un acto de debilidad. —Se giró hacia sus hombres—. ¡Matadles a todos y despojadlos de todo cuanto sea de valor! Sus cabezas adornarán los muros de Saeffyd. ¡Que todos los enemigos de Altain sepan lo que les espera si deciden atacarnos!

—¡Sí, señor! —exclamaron sus soldados.

Los cautivos gritaron, presos del terror, mientras el acero mordía la carne.

Arzodias miró a Galwyn con dureza.

—Ya es hora de que entiendas cómo funcionan las cosas, capitán. Nuestro deber es defender Altain y esta es la mejor manera de hacerlo, tanto si es de tu agrado como si no.

—De acuerdo, señor.

Arzodias echó a andar de nuevo mientras los agonizantes gritos de los tardith se alzaban en el campo neblinoso. Galwyn contempló la escena con expresión impasible; algunos de los prisioneros,

viendo que todo estaba perdido, trataron de levantarse y huir, pero las ataduras les impidieron llegar muy lejos.

Fue una carnicería. Con el rostro sombrío, Galwyn se alejó, de regreso al lugar de la batalla, desde donde sus guerreros habían observado su discusión con el *edda*. Cuando le vieron acercarse, se apresuraron a apartar la mirada y se dispersaron en distintas direcciones.

Awan caminaba a su lado, apoyando el peso en su lanza ensangrentada. Cuando Galwyn se detuvo, se giró hacia él y suspiró. Su amigo le palmeó el hombro en gesto de consuelo. Galwyn asintió y paseó una triste mirada por el campo de batalla.

—Por favor...

Sobresaltado, Galwyn bajó los ojos y vio a uno de los tardith tumbado en el suelo, bocarriba, moviendo ligeramente uno de los brazos. Tenía una herida muy fea en el abdomen, de donde habían salido sangre y tripas.

—Por favor... —musitó con un hilo de voz.

Galwyn dio un par de pasos e hincó una rodilla a su lado. Se dio cuenta de que debía de ser uno de los enemigos que habían echado a correr al iniciarse la carga de caballería y que había sido abatido desde lo alto de un corcel. Aquel hombre yacía ahora sin fuerzas, temblando, con el rostro sucio, surcado de lágrimas y arrugas de dolor.

—Por favor... —El hombre le miró con ojos acuosos—. Vino... por favor...

—¿Vino? —Galwyn levantó la cabeza y Awan hizo un gesto de negación. Miró al lado opuesto y vio a Owyd saqueando un cadáver cercano—. ¡Owyd! Tu pellejo está repleto de vino, ¿verdad? ¡Dámelo, rápido!

Sorprendido, Owyd se apresuró a obedecer; sacó el pellejo, se lo lanzó y Galwyn lo atrapó al vuelo. Lo descorchó y puso una mano tras la cabeza del tardith para inclinarla hacia delante.

—Bebe —vertió vino sobre los labios del moribundo, quien lo lamió con presteza, aunque temblaba tanto que de inmediato

empezó a toser. La tos fue seguida de algunos espasmos, mientras las tripas se desparramaban todavía más por el suelo. Galwyn le hizo apoyar la cabeza sobre la hierba húmeda y con un gesto indicó a Awan que le acercara la capa de un cadáver que había en el suelo. Awan la cogió, la sacudió y se la tendió; Galwyn la extendió sobre el hombre, dejándole solo el rostro al descubierto.

—Tranquilo —dijo controlando la voz—. Tranquilo. No estás solo.

Se dio cuenta de que el brazo derecho del tardith se movía, pero no a causa de los temblores, sino porque intentaba acercarse a la espada que permanecía cerca de él, caída en la hierba. Galwyn la tomó por la hoja y con la mano opuesta cerró los dedos del moribundo en torno a la empuñadura y la acompañó hasta su pecho.

El hombre lo miró, agradecido; trató de decir algo, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Las lágrimas seguían cayendo incesantemente alrededor de las mejillas mientras los temblores continuaban por todo el cuerpo; la tos regresó, agitando aún más la malherida figura del pobre hombre.

Galwyn inclinó la cabeza, compungido.

Con la mano izquierda le sujetó la frente cuando, de pronto, con la derecha le hundió la espada en el corazón. Los ojos del moribundo permanecieron abiertos, mirando sin ver el brumoso cielo del mediodía, mientras exhalaba su último aliento. Tras un estertor más, los temblores y las lágrimas cesaron, aunque los dedos se mantuvieron cerrados con fuerza alrededor de la empuñadura.

Galwyn le cerró los ojos y le cubrió el rostro con la capa. Luego permaneció unos instantes arrodillado junto al cadáver de su enemigo.

—Que Ar vele por ti, hermano.